

*Barcelona, julio de 1923*

Blanca Lledó estacionó el descapotable rojo a pocos pasos de su casa, en el corazón del Ensanche, y descargó la improvisada compra que había hecho esa mañana. Apenas podía con las cajas de cartón, tanto por el tamaño como por el peso del contenido, pero se las apañó para trasladarlas hasta el portal de su edificio con elegancia y sin arrugarse la fina tela del vestido. Sudó, eso sí, y agradeció no cruzarse con ninguno de los inquilinos y también que el matrimonio que vivía en la portería se hubiera marchado de vacaciones; a Blanca le habría disgustado que la vieran con el rostro perlado y, tal vez, el maquillaje corrido.

En cuanto entró en la vivienda y soltó las cajas, se quitó la pamea y comprobó su aspecto en el espejo del recibidor: aceptable, mejor de lo que había imaginado. A los cuarenta y dos años mantenía el cutis liso, salvo por algunas arruguitas de expresión que matizaba con cosméticos. Toda la vida conteniendo las emociones para que no se reflejaran en el rostro, tal como dictaban las normas de su burguesa cuna, tenía ventajas.

Juanita, la albaceteña que había contratado como criada al comienzo de la nueva década, asomó por la puerta de la cocina.

—¡Anda! Pero ¿qué trae ahí, doña Blanca? Se marcha con una caja pequeña y vuelve con dos grandes. ¡Menuda donación ha hecho usted! ¿No han querido los libros en la biblioteca o es que ha ido a comprar más?

—He resistido la tentación. Aún me quedan algunos aquí por

leer, y no voy a disponer de mucho tiempo libre cuando vengan mi hijo y mi hermana María.

—Llegan el día 15, ¿verdad?

—Sí, el próximo domingo. ¡Qué impaciente estoy por volver a ver a Xavi! No viene a casa desde las navidades.

—Pues vaya haciéndose a la idea de que siempre será así. Ese chico se va a quedar a vivir en Madrid, ya lo verá.

Blanca reprimió un suspiro de resignación. También ella presentía que Xavi se labraría un futuro en la capital del país. Se había marchado hacía ya dos años para estudiar en la Escuela de Telegrafía y residía en casa de María, que por fin había accedido a pasar unos días de vacaciones en Barcelona. Siempre alegaba que no quería ocuparle una de las habitaciones que alquilaba, porque eso perjudicaría a su negocio, pero era una razón absurda. La Residencia de Artistas Lledó, que Blanca inauguró en marzo de 1921 en su propia vivienda, a fin de dar uso a los cinco dormitorios de que disponía y algo de vidilla a la casa, no se llenaba durante el verano. Sus huéspedes no eran turistas. Quienes allí se alojaban no iban a pasar unos días de ocio en la Ciudad Condal ni a visitar monumentos, sino a trabajar en un proyecto artístico.

Y a trabajar habían ido los dos que se hospedarían durante casi todo el mes de julio: una fotógrafa profesional y un joven actor.

—Bueno, señora, ¿me va a decir lo que hay en esas cajas o no?

Aunque sonara un poco a amenaza, Blanca sabía que ese tono de Juanita no era más que una muestra de la confianza que la criada le tenía —y que ella consentía—, así como del carácter extrovertido y pragmático de aquella mujer que acababa de cumplir los cuarenta y cuatro.

—He comprado un par de ventiladores.

—¡Ah, bendita sea, doña Blanca! Buena falta nos hacen con este calor, que me paso el día sudando como un gorrino.

—La finura en el lenguaje no es lo tuyo, desde luego. En fin... Son para las habitaciones que están ahora ocupadas. Y he encargado un ventilador de techo para el salón comedor y otro para la biblioteca. Vendrán a instalarlos la semana que viene, pero en la tienda no me han concretado el día. Parece ser que la huelga de los estibadores también les ha afectado, porque no hay transportistas disponibles y no pueden saber cuándo les llegarán los pedidos desde la fábrica.

—Está mal la cosa, ¿eh? Desde mayo llevamos con esto, y no tiene pinta de arreglarse. Hoy he pillado el tranvía de puñetera casualidad. Dicen que los conductores también están de huelga.

—Ah, por eso había tan poco tráfico en las calles —dedujo Blanca.

—¿Y no ha comprado ventiladores para su cuarto y el de la niña?

—Yo no lo necesito. —Era más bien friolera y no le costaba adaptarse a las temperaturas veraniegas, bastante suaves en una ciudad bañada por el Mediterráneo—. Y Eulalia apenas pisa su habitación últimamente, si no es para dormir. Ni la pisará mientras esté metida de lleno en ese rodaje.

El rodaje. Blanca Lledó todavía se preguntaba cómo se había dejado convencer por su hija para permitirle trabajar en una película. Cierto era que Eulalia tenía ya diecinueve años, edad más que suficiente para ser considerada una persona adulta y responsable, apta para introducirse en el mundo laboral. Sin embargo, la realidad no siempre se correspondía con lo que la sociedad consideraba o daba por sentado, y ese era el caso de Eulalia: seguía siendo inmadura, alocada y una rebelde.

Blanca tenía que reconocer que su niña —¡cuánto le costaba dejar de verla como «su pequeña»!— había superado la fase adolescente y ya no protestaba por todo ni provocaba tantas discusiones por el simple hecho de llevarle la contraria o, quizá,

para reafirmar su identidad, pero su carácter voluble no había cambiado. Tampoco su impulsividad se había moderado, ni su tendencia a mentir cuando le convenía. No obstante, lo que más inquietaba a Blanca era aquel afán por convertirse en una famosa estrella de cine. ¡Santo Dios! ¿Cómo podía ser tan ilusa?, se preguntaba, recordando a Isabel, su otra hermana, y a su cuñado; esa misma aspiración los había llevado a afincarse en Estados Unidos justo después de contraer matrimonio y allí seguían, aunque sin fama alguna. En un principio, aquel ejemplo en la familia hizo recapacitar a Eulalia, que se decantó por probar suerte en el periodismo. Dos meses más tarde, le comunicaba con gran entusiasmo que había descubierto su verdadera vocación: diseñar ropa como la reconocida francesa Coco Chanel. ¡Qué maravilla! Blanca, gran aficionada a la moda, compartió la ilusión de su hija y buscó escuelas donde pudiera formarse, incluso en París. Pero aquel entusiasmo de Eulalia se esfumó unas semanas antes de que terminara el último curso de bachillerato. Y regresó el sueño de ser una estrella del celuloide.

Si el motivo de tanto cambio había sido aquel carácter caprichoso e inconstante o un intento de contentarla con pequeñas mentiras hasta el momento de formalizar la matrícula en una universidad o en una escuela profesional especializada, Blanca no lo tenía claro, pero renunció a salir de dudas. ¿De qué le serviría? Y, en el fondo, la decisión final de Eulalia no la sorprendía. Muchas jóvenes soñaban con ser una *star*, y no solo por lo que la fama conllevaba. Bajo el brillo cegador de aquella corriente que venía de América, subyacía un espíritu de rebeldía contra los cánones que Blanca había asumido y respetado, desde que tenía memoria, sin cuestionarlos. Sin embargo, un asesinato ocurrido un par de años atrás le había abierto los ojos a la realidad de lo que fue una parte de su vida y la había llevado a adentrarse en la senda del inconformismo. Ante su propio ejemplo, pensó

que, tal vez, no fuese tan grave que su hija se dedicara a una profesión que reivindicaba el poder de las mujeres y su independencia. Y esa fue la razón por la que acabó cediendo ante el empecinamiento de la niña en ser actriz.

A mediados de junio, cuando a Eulalia le surgió la oportunidad de trabajar de ayudante de atrezo en una producción cinematográfica autóctona, le suplicó de tal manera que Blanca volvió a ceder.

—Solo serán unas tres semanas, mamá. Habrá terminado de sobra cuando empiece en septiembre en la Escuela de Arte Dramático. Por favor, por favor, por favor.

—Pero ¿qué sabes tú de atrezo? Nada en absoluto. No sé cómo vas a ayudar, hija.

—No buscan a alguien con experiencia, ya te lo he dicho.

—Claro, porque te van a pagar una miseria.

—¿Y qué más da? Por favor, mamá, di que sí. Por favor...

Antes de tener que oír otra retahíla de *porfavores*, Blanca le concedió el capricho.

No se arrepentía. El rodaje había empezado ese lunes, y solo por ver lo feliz que regresaba su hija cada noche, hablando por los codos e irradiando una luz que parecía haberle robado a los focos del plató, valía la pena. Salvo el miércoles, que no quiso cenar y se fue directa a su habitación alegando que estaba agotada y necesitaba descansar, porque iba a hacer de figurante a finales de semana, además del trabajo para el que la habían contratado.

—¡Quién iba a imaginar que veríamos a la niña en una película tan pronto! —exclamó la criada mientras desembalaban los ventiladores.

—No adelantemos acontecimientos, Juanita. Para empezar, esperemos a ver qué me cuenta esta noche. Si no es que vuelve tan cansada como...

El timbre del teléfono interrumpió a Blanca. Avanzó por el

pasillo hasta la consola en la que destacaba aquel moderno aparato y descolgó el auricular del gancho que lo sostenía al soporte vertical. La amable telefonista le comunicó que tenía una llamada de la Policía.

Extrañada, Blanca centró toda su atención en la voz del agente al otro lado del cable, que quiso confirmar que hablaba con la madre de Eulalia Riera Lledó.

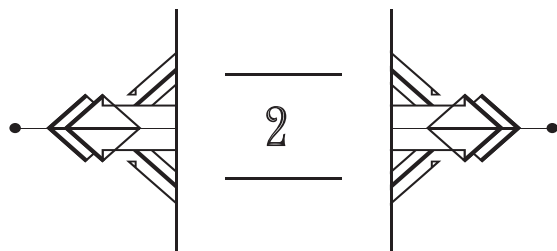
—Sí, soy yo. —La extrañeza comenzó a mutar en temor al oír el nombre de su pequeña—. ¿Le ha ocurrido algo a mi hija?

—Está retenida por agresión —contestó el hombre, en tono calmo—. Y como es una menor, convendría que viniera usted a la comisaría del distrito 1.º lo antes posible.

—Sí, por supuesto. Voy enseguida.

Atónita, Blanca volvió al recibidor con paso rápido, cogió el bolso y la pamelita y respondió a una alterada Juanita que le preguntaba si la llamada era de algún hospital.

—No, gracias a Dios. Pero eso de ver a la niña en una película... Mucho me temo que saldrá antes en la sección de sucesos de algún periódico. ¿Sabes dónde está la comisaría del distrito 1.º?



La comisaría indicada se ubicaba en el entramado de manzanas rectangulares que conformaban el barrio de la Barceloneta, asentado sobre terrenos ganados al mar varios siglos atrás y construido en tiempos de Fernando VI. Blanca lo había pisado en contadas ocasiones, y solo para comer en alguno de los numerosos restaurantes que servían deliciosas paellas de marisco fresco procedente de la costa mediterránea. A fin de evitar el riesgo de extraviarse en aquellas estrechas calles que desconocía, estacionó en la avenida junto al muelle y preguntó a un transeúnte por la dirección que Juanita le había facilitado.

El estupor inicial había ido menguando durante el trayecto, dejando espacio a la inquietud y a la impaciencia por ver a Eulalia, de modo que el pulso le latía a una velocidad alarmante cuando llegó a su destino. A pesar de sus esfuerzos por aparentar sosiego y mostrarse imperturbable, como hacía siempre ante cualquier eventualidad, no lo consiguió. Casi se llevó por delante al guardia que le salió al paso nada más cruzar la puerta.

—¿Adónde va con tanta prisa?

—Disculpe, agente, mi hija... mi hija está aquí —respondió, nerviosa y atisbando por encima del hombro del policía—. Me han telefoneado ustedes para que viniera a...

—Cálmese, señora.

Y así lo hizo ella. No por acatar la orden del guardia, sino porque acababa de localizar a Eulalia entre un grupo de gente, al fondo de aquel espacio cuadrado y tristón. El radiante mediodía

se volvía tacaño allí dentro, pues los cristales esmerilados de las ventanas restringían el paso del sol; unas pocas mesas y sillas, un banco solitario y tres puertas cerradas era todo lo que se veía desde la entrada. El murmullo que impregnaba el aire recordaba al que resuena en el interior de una iglesia al terminar la misa y procedía de aquel corrillo en el que estaba su hija: unas diez personas que debían de formar parte del rodaje de la película, dedujo Blanca por la indumentaria de algunas. Y parpadeó de asombro. ¿Qué hacía la niña vestida de sirvienta del año de la catapum?

¡Ah, sí! Hoy iba a actuar como figurante.

Una reacción muy distinta tuvo el hombre que irrumpió en ese momento en la comisaría.

—¿Qué cojones significa esto?!

Aunque también hubiera asombro en la vociferada pregunta, la indignación la superaba con creces.

El policía frente a Blanca se cuadró, los dos que parecían custodiar al grupo miraron al recién llegado con cierto temor y también se pusieron firmes. El otro que allí había, de aspecto más joven y el único que no llevaba bigote, permaneció sentado a su mesa y se limitó a alzar la vista del papel en el que estaba escribiendo. Por un instante, nadie respiró. En ese lapso, ella reconoció a sus dos huéspedes actuales y se extrañó de ver allí a la fotógrafa, pero no pensó más en eso, pues uno de los agentes custodios comenzó a responder a su superior:

—Teniente, ha habido una agresión en un antiguo almacén y hemos...

—¿Un almacén de qué? ¿De trajes de carnaval? —lo cortó el oficial indignado mientras se adentraba en la comisaría.

—No, señor. Estas personas estaban allí para el rodaje de...

—Me da igual lo que hicieran allí. A menos que esté relacionado con la dichosa huelga de transportes. ¿Lo está?

—No, señor.

—Bien. Bastantes agresiones tenemos ya por parte de los huelguistas. ¿Hay algún muerto?

—No, teniente. La víctima ha sido trasladada al hospital de la Santa Creu.

—Pues si no hay muertos, no es un caso prioritario. —Paseó su dura mirada por el grupo—. ¿Todos son los agresores?

Y todos contestaron a la vez con noes exaltados, un «soy inocente», un par de «yo no he sido»...

—A mí no me mire —dijo una mujer vestida con un elegante traje barroco.

También Eulalia se hizo oír.

—Le juro que yo no he hecho nada, señor. Nada malo, me refiero. ¡Mamá! —Agitó la mano en el aire—. ¡Mamá, sácame de aquí, por favor!

—Oye, guapa —saltó la mujer barroca—, no seas egoísta. O nos vamos todos o no se va nadie.

El resto del grupo la secundó, y aquel coro de voces irritó aún más al teniente.

—¡SILENCIO! —El volumen de voz fue más efectivo que la orden en sí. Miró al guardia informante con severidad—. Deduzco que no está claro quién es el culpable de la agresión.

—Excelente deducción, señor. Todos se declaran inocentes. Tendremos que abrir una investigación.

—¡No me diga! —exclamó con manifiesto sarcasmo—. ¿Y a qué están esperando?

Blanca, impaciente por llevarse a casa a su hija, decidió intervenir. Esquivó al guardia de la entrada y se acercó al teniente adoptando la formalidad habitual en ella. Una esmerada educación desde su más tierna infancia y la costumbre de comportarse con prudencia durante décadas la ayudaron a reprimir el im-

pulso de encararse a aquel oficial cascarrabias para poder sacar de allí a Eulalia antes de que quedara fichada.

—Disculpe, teniente...

—¿Y usted quién es?

—Blanca Lledó, viuda de Riera. —Recalcar ese estado civil siempre infundía respeto—. Soy la madre de esta joven que ustedes, en el loable cumplimiento de sus obligaciones, retienen aquí. ¿Con quién tengo el placer de hablar?

—Teniente Gregorio Carrasco. Responsable de esta comisaría mientras el capitán está de vacaciones. —Le echó a la falsa criada una mirada rápida y un tanto desdeñosa—. ¿Qué edad tiene su hija?

—Diecinueve años.

—¡Una menor! Lo que me faltaba.

—Comprendo que eso le complique las cosas y le aseguro que nada me gustaría más que evitarle problemas, así que... si me da su permiso para llevármela...

—¿Me está pidiendo que haga la vista gorda y deje marchar sin más a una sospechosa de agresión?

Blanca también comprendió que iba a tener que recurrir al método que había utilizado en un par de ocasiones. Le había dado buen resultado en ambas, sobre todo en aquella que la libró de ser acusada de asesinato, hacía ya cuatro años. Su experiencia con aquel oficial del Cuerpo de Seguridad del Estado le infundió confianza para probar la estrategia con Gregorio Carrasco. Compuso una sonrisa amable, se inclinó hacia el oído del teniente, cuya estatura solo excedía la de ella en medio palmo, y le susurró:

—Se lo compensaría económicamente.

Por el brusco movimiento del hombre y su mirada fulminante, la viuda supo que se había topado con un policía honrado.

—Fingiré no haber oído eso, señora. Y ahora, haga el favor de

no entretenerme más. Siéntese —ordenó, señalando con el índice el solitario banco de madera arrimado a una pared— y espere a que tome una decisión. Con el rato que llevo aquí, aún no sé qué coño ha pasado —rezongó para sí.

Blanca estuvo a punto de decirle que ya lo sabría si hubiera dejado hablar al guardia, pero calló por precaución. También porque dicho agente hizo un nuevo intento de relatarle lo ocurrido.

—Estábamos patrullando por la zona y hemos visto a dos hombres salir del antiguo almacén que hay en...

—Abrevie, por el amor de Dios, que no tengo todo el día. Los hechos. El delito. La víctima. Su estado de gravedad. ¡Informe!

—¡Sí, señor! —El guardia se irguió todavía más y, sin apenas respirar, expuso lo solicitado y en el orden exigido—: Al parecer han arrojado un ácido abrasivo al rostro de un actor durante el rodaje de una película. Delito de desfiguración. La víctima es José de la Vega, el conocido galán de los escenarios. Hemos telefonado al hospital nada más llegar a la comisaría y nos han dicho que el paciente ha sufrido heridas muy graves, pero que su vida no corre peligro.

—Precinten ese almacén inmediatamente.

—Ya hemos procedido a ello, señor. Hemos enviado a dos agentes para allá hace un rato.

—Bien. ¡Lumbreras!

El joven guardia sin bigote, que seguía sentado y había vuelto a concentrarse en su tarea de escribir, se puso en pie con tanto ímpetu que derribó la silla de madera. Azorado, la recogió y se cuadró ante el oficial al mando.

—¡Sí, teniente!

—Encárguese del caso.

—¿Yo, señor? —La perplejidad en la expresión del agente no ocultó la ilusión que destellaba en su mirada.

—Sí, usted. Tome los datos de esta panda de cómicos y sáque-los de aquí cuanto antes. No quiero que mi comisaría parezca el escenario de un teatro de aficionados.

Ese último vocablo ofendió al grupo.

—¡Yo soy actriz profesional! —reivindicó la mujer barroca.

—¿Nos ha llamado «aficionados»? —protestó a la vez el actor que se alojaba en la Residencia de Artistas Lledó.

A él se sumaron los demás retenidos, proclamando con dignidad su nivel de capacitación. Excepto Eulalia, claro, que aún no tenía ninguno en formación actoral ni en cualquier otra profesión.

El teniente Carrasco rebufó, hizo caso omiso de la queja grupal y se dirigió hacia su despacho. El portazo que dio al cerrar retumbó en las paredes de la comisaría y sirvió para que el volumen de las voces bajara. El agente Lumbreras aprovechó el momento para alzar la suya y pedir calma y paciencia.

—Por favor, señores, señoras, señoritas... Cuanto antes se ca-llen, antes podrán irse a sus respectivas casas. También usted, señora Lledó.

Blanca, que había abandonado el banco en cuanto vio que el teniente desaparecía tras una de aquellas tres puertas de ese austero lugar, probó su estrategia con el joven guardia.

—Disculpe, ¿es absolutamente necesario tomarle los datos a mi hija? Tal vez podríamos... —Las cejas rubias del policía barbilampiño se arquearon como si ella le hubiera preguntado si los perros tienen cuatro patas. El gesto dejó patente que Gregorio Carrasco no era el único policía honrado de la comisaría del distrito 1.º—. No, nada, olvídelo. Ya me espero.

—Serán solo unos minutos, señora. —Y se dirigió al grupo—. Si son tan amables de formar una fila... Las mujeres primero, y por orden de edad. Gracias.

Regresó a su mesa, sacó de un cajón varias hojas del impreso

oficial que iba a rellenar y un estuche de tinta para tomar huellas dactilares. A continuación, miró a los retenidos, que aún se estaban organizando en la fila, y sonrió a quien la encabezaba.

—Eulalia Riera Lledó, ¿correcto?

Eulalia asintió con la cabeza y el agente Lumbreras le señaló la silla de rafia al otro lado de la mesa.

Blanca, resignada, observó cómo su hija quedaba fichada por el Cuerpo de Seguridad del Estado. Rezó para que detuvieran pronto al culpable de aquella horrible agresión y poder así buscar el modo de que esa ficha desapareciera de los archivos policiales.